

JUEGOS DE CAÑAS EN SUK-AL-DAWAB

Excmos. e Ilmos. Señores
Señoras y Señores:

La frase "Juegos de Cañas" la encontramos muchas veces en la Historia y muy mezclada con el nombre de Toledo. Casi siempre la hemos visto unida a la de "Juegos de Toros".

Juegos de Cañas y de Toros: anuncio de festejos medievales, cuando los espectáculos a los que está acostumbrado el hombre de hoy no existían. Fueron estos juegos, sin embargo, muy habituales en aquellas sociedades necesitadas de fiestas y espectáculos populares, en los que tomaban parte los caballeros con el fin de adquirir un refinado adiestramiento para la pelea. Eso eran estos juegos: espectáculos en los que los protagonistas se adiestraban en el manejo del caballo y de las armas. Y en Toledo se habían celebrado, desde que los árabes lo introdujeran, en la plaza de Zocodover: Suk-al-Dawab, Mercado de Caballos. Centro comercial y neurálgico de la vida ciudadana, cuyas calles afluentes principales albergaban los gremios más relacionados con el noble bruto al que el mercado estaba dedicado. Calle de la Sillería, poblada por obradores cuyo quehacer era construir sillas de montar. Calle de las Armas, repleta de talleres donde trabajaban los mejores espaderos.

Caballo, silla de montar, espada. Sólo había que añadir el hombre, y al ser posible con una especial habilidad, para obtener el último grito en arma de guerra del momento: el jinete guerrero. Para conseguir esa especial habilidad en el hombre y el necesario adiestramiento del caballo, se necesitaban maestros y entrenamientos. Entrenamientos que, una vez coronados, se mantenían en nobles competiciones realizadas en los Juegos de Cañas, en los que, como su nombre indica, empleábanse cañas en lugar de armas para competir y tratar de ganar al adversario. Otra cosa era que algún que otro caballero, en momento determinado, no aceptara la derrota e hiciera uso de su espada o de su lanza para tratar de borrar la afrenta, lo que daría lugar al dicho popular llegado hasta nuestros días en Toledo, de: "las cañas se vuelven lanzas".

El siglo XI estuvo lleno de sucesos que hacían peligrar el éxito de la invasión musulmana en nuestra península, había caído el Califato de Córdoba. Habían surgido los poderes regionales in-

dependientes o Taifas, y a finales del mismo siglo tuvo lugar la reconquista de Toledo por Alfonso VI.

A todo esto había que añadir las intransigencias religiosas de los almorávides y almohades, que, con algunas victorias en su haber, inquietaban en lo religioso a sus correligionarios, según se puede desprender del texto de Ibn-Abi-Zar: "Cuando los Almohades entraron en la ciudad, el jueves 15 de Rabi segundo del 540 (5 de septiembre de 1145) temieron los alfaquíes y los jeques que les criticasen por los relieves y adornos de encima del mihrab, pues los almohades se habían alzado predicando la austeridad y la ley (coránica). Aquella noche fueron blanqueadores a la mezquita, pusieron sobre los relieves y el dorado de encima del mihrab y a su alrededor, papeles; luego lo revistieron de yeso, lo dieron una lechada y quedó brillante desapareciendo lo pintado y volviéndose todo blanco".

Estas luchas intestinas, de las que los cristianos sacaban provecho, no favorecían en nada la llamada Guerra Santa musulmana, la cual se estaba desarrollando con caballos grandes y lentos, sobre los que, guerreros de uno y otro bando montaban cubriéndose con pesados cascos y lo que ya eran los comienzos de las armaduras, usando grandes lanzas y anchas espadas, traduciéndose todo en lentos y graves movimientos. A la petición de refuerzos al norte de Africa llegaron los zenetes benimerines, en un aparente desorden, como alucinados, montando pequeños y briosos corceles y sin más armas que una ligera espada en la mano: la jineta.

Como ya nos hemos ocupado en otras ocasiones del estudio de estrategias militares y del uso de la espada jineta, así como de su importancia en los ejércitos árabe y cristiano, vamos a pasar por alto lo relativo a tácticas o armamento de la época para dedicar esta breve disertación a los "juegos de cañas", destinados a adiestrar y mantener en el adiestramiento a caballos y jinetes para los giros rápidos y ágiles que imponía la nueva forma de pelear.

De las crónicas de Miguel de Lucas, Condestable de Castilla el 1467, podemos colegir que el cambio de caballo y espada ya se había efectuado. Dice una parte de sus crónicas: ". . . calzado de borcegú con una muy rica espada de la jineta, guarnecida de oro echada al cuello e así cabalgó en un muy polido caballo tunecí. . ."

Se había desechado el caballo fuerte capaz de soportar el peso de lórigas y armaduras, que no se usaban en la nueva forma de hacer la guerra, y se empleaba el "muy polido caballo tunecí", el

hoy llamado caballo árabe, ágil y veloz que pudieran girar rápidamente y mantener un impetuoso ritmo en la pelea.

Y, tras los cruces y domas convenientes en el caballo, se hizo necesario su entrenamiento y el mantenimiento de su instrucción, y la de los jinetes.

En la plaza en que otras veces
el árabe corrió cañas
gozando de la conquista
de Toledo la sultana . . .

Sin duda el poeta se refiere a Zocodover. Mercado de caballos, o de bestias, según el autor que nos informe.

Pisa, contándonos el traslado del cuerpo de San Eugenio a Toledo, nos habla de cómo entre los festejos celebrados ante Felipe II se corrieron toros y cañas en Zocodover. Y en otro momento nos dice cómo hubo una renovación en las casas de Zocodover, con balcones de hierro "para ver los juegos o espectáculos, desde el año pasado de mil y quinientos y noventa y dos".

De las ordenanzas del Gremio de Espaderos existentes en el archivo del Ayuntamiento de Toledo, extraemos el siguiente párrafo relativo a examen de oficio: "Ytem que sepa hacer una espada gineta, que pertenece para un juego de cañas, con sus correones".

Tenemos la plaza: Suk-al-Dawab, repleta de balcones y ventanas que se abarrotarían de público ávido de fiesta y espectáculo. Tenemos la puerta por donde entrarían los caballos al recinto acotado para los juegos: Bab-al-yayl, puerta de caballos, hoy Arco de la Sangre. Tenemos las espadas para acompañar el festejo: la jineta: tenemos los caballos, el griterío, el color de estandartes y escudos, y de los vestidos de fiestas de las damas engalanadas, y del sol toledano reflejado en la arena y en la plaza. Solo nos falta que el espectáculo comience. Y va a comenzar.

Entraban por cada lado de la plaza, montando briosos caballos, los dos padrinos que representarían a las cuadrillas que habían de enfrentarse. Ya vestía cada uno el color que sus cuadrillas defenderían. En llegando al centro de la plaza saludábanse y haciendo girar sus caballos volvían a galope al lugar por el que habían entrado, volviendo a pasar de nuevo seguidos de numerosas acémilas cubiertas de lujosas gualdrapas y portando a sus lomos amplios serones en los que habían colocado un gran número de cañas de unos tres metros de longitud, convenientemente peladas y cortadas de forma que no hubiera punta que pudiera herir por ninguno de

sus extremos. Sobre las cañas, lujosos reposteros con los colores que cada bando defendería y las armas o escudos de los caballeros, si es que alguno lo tenía, pues sabido es que hasta la creación de los reyes de armas en el siglo XV, el uso personal de escudo fue muy desordenado. Daban la vuelta a la plaza las mulas y eran después colocadas en filas, siguiendo la orden del respectivo padrino del bando, en los lugares elegidos para abastecer a las cuadrillas de las falsas lanzas, que habían de ser posteriormente utilizadas con abundante y generosa rapidez.

Los padrinos, colocados en sus lugares, cada uno al lado de su arsenal de cañas, sacaban sus pañuelos autorizando el paso de cuadrillas a la plaza. Entrarían, como ya hemos dicho, por la puerta de caballos, Bab-al-yayl. Majestuosos. Montando "a la jineta"; es decir, con los estribos cortos, al contrario de como montarían antaño los jinetes tanto cristianos como árabes, que lo hicieron "a la brida", con los estribos largos y las piernas estiradas, hasta la llegada de los ya mencionados "zenetes". La silla de montar también "a la jineta", con los fustes preparados para soportar al jinete cuando éste apoyara la acción sobre sus pies. Sin peso en las gualdrapas del caballo. Ligera la vestimenta del caballero. Solo su adarga, de cuero pintado con los colores y enseña de su bando. La manga derecha, ancha, al estilo árabe, y llamada "sarracena", ricamente bordada con plata y oro y espléndidos colores. Y, ceñida, su espada jineta, ligera espada para una sola mano, con puño corto y ariaces simétricos caídos hacia el recazo. Espada equilibrada para poder blandir en cualquier posición y dirección.

Y era blandida a la entrada de los contendientes que, cabalgando en parejas, hacían demostraciones de habilidad con el arma blanca mientras corrían velozmente haciendo girar a sus caballos en un alarde de dominio de arma y cabalgadura.

Tras esta demostración cada caballero se incorporaba a su grupo, que, formado en un extremo de la plaza frente al grupo adversario, esperaba la señal de su padrino para comenzar a CORRER CAÑAS, que era donde verdaderamente iba a tener ocasión de demostrar su dominio del caballo, haciéndole correr y girar tan velozmente como fuera posible, así como de frenar de golpe su loca carrera.

A la señal de uno de los padrinos, partía la mitad de su bando en carrera vertiginosa y, cogiendo las cañas de su arsenal, llegaban hasta escasos metros de sus contendientes, arrojábanles las cañas,

que ellos evitaban con ayuda de sus adargas, y volvían a sus puestos a galope tendido, perseguidos por la, también mitad, de los componentes del bando contrario; quienes, tomando igualmente sus cañas del lugar de aprovisionamiento, lanzábanlas al grupo enemigo, siendo rechazadas por las adargas de la otra mitad del grupo que se había quedado en posición de espera para recibir a sus compañeros y perseguir al galope a sus adversarios, que, habiendo ya lanzado sus cañas, volvían en veloz carrera a buscar la protección de sus camaradas de grupo.

De esta forma, el movimiento en la plaza era continuo. Recogemos una frase de uno de los últimos testigos de la fiesta, Laurent Vital, servidor de Carlos V en su primer viaje a España en 1517, en la que dice “. . . Y así, más de una buena hora, jamás sucedía que no hubiese de un lado u otro, atacantes y perseguidos, como en las escaramuzas de guerra. Y se dirigía la cosa de tal modo que cuando unos corrían, otros cobraban aliento. Entonces se hacían las exclamaciones y gritos como lo requería el juego”.

Los gritos y exclamaciones a que se refiere el cronista eran los de “¡Gala!” “¡Gala”, que aún se conservan en nuestro vocabulario con el sentido de gloria, honor, aplauso.

Estos eran los juegos de cañas, y esta nuestra plaza de Zocodover, a la que quiero dedicar unos versos al tiempo que termino:

ZOCODOVER

“Suk-al-Dawab”, “Suk-al-Dawab”.

Hoy no trotan caballos tu suelo de cemento.

Ni hay babuchas que pisen silenciosas

tu epidermis

endurecida por los hombres,

los cauchos

y los tiempos.

Sólo el viento es el mismo.

Sólo el viento,

que da la vuelta al mundo;

y del “Sahib-al-Suk”, vuelve por el Gobierno

Civil, que esta en tu esquina

vigilando al “Tayir”,

que hoy está dentro

de esos bancos que envuelven tus fachadas
ahogando el ciudadano movimiento
que la hora mercantil
cierra a su paso.
“Suk-al-Dawab”,
ya no hay “juegos de cañas”
en tu cerco
que en buena hora templaran
jóvenes voluntades.
Tal vez, al caer la noche,
de un grupo juvenil
en el umbral de un banco
o una caja de ahorro,
observes dolorido
quemando tus entrañas
caer sobre tu piel
la colilla de un “porro”.

FELIX DEL VALLE Y DIAZ
Numerario